



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 2 de agosto de 2000

La escucha de la Palabra y del Espíritu en la revelación cósmica

1. "¡Qué amables son todas sus obras! Y eso que es sólo como una chispa lo que de ellas podemos conocer. (...) Mucho más podríamos decir y no acabaríamos, y el resumen sería: él lo es todo. (...) Él es mucho más grande que todas sus obras" (*Si* 42, 22; 43, 27-28). Estas estupendas palabras del Sirácida condensan el canto de alabanza elevado en todas las épocas y bajo todos los cielos al Creador, que se revela a través de la inmensidad y el esplendor de sus obras.

Aunque sea en formas aún imperfectas, muchísimas voces han reconocido en la creación la presencia de su Artífice y Señor. Un antiguo rey y poeta egipcio, dirigiéndose a su divinidad solar, exclamaba: "¡Cuán numerosas son tus obras! Están ocultas a nuestro rostro. Tú, Dios único, fuera del cual nadie existe, tú has creado la tierra según tu voluntad, cuando estabas solo" (*Himno a Aton*, cf. J.B. Pritchard ed., *Ancient Near Eastern Texts*, Princeton 1969, pp. 369-371).

Algunos siglos después, también un filósofo griego celebraba en un himno admirable la divinidad que se manifiesta en la naturaleza y, de modo particular, en el hombre: "De tu linaje somos, y sólo nosotros, entre todos los seres animados que viven y se mueven sobre la tierra, tenemos la palabra como reflejo de tu mente" (Cleante, *Himno a Zeus*, vv. 4-5). El apóstol san Pablo recogerá esta elevación, citándola en su discurso ante el Areópago de Atenas (cf. *Hch* 17, 28).

2. También al fiel musulmán se le pide escuchar la palabra que el Creador transmite mediante las obras de sus manos: "Oh hombres, adorad a vuestro Señor, que os ha creado a vosotros y a los que existieron antes que vosotros, y temed a Dios, el cual ha hecho la tierra como una alfombra

para vosotros y el cielo como un castillo, y ha hecho bajar del cielo agua con la cual saca de la tierra los frutos que son vuestro alimento diario" (*Corán* II, 21-23).

La tradición judía, que floreció en la tierra fértil de la Biblia, descubrirá la presencia personal de Dios en toda la creación: "Dondequiera que yo vaya, allí estás tú. Dondequiera que me detenga, allí estás tú. Sólo tú, aún tú, siempre tú... En el cielo, tú. En la tierra, tú. Arriba, tú. Abajo, tú. A dondequiera que me dirijo y en todas las cosas que admiro, allí estás tú, sólo tú, aún tú, siempre tú" (M. Buber, *Los relatos de los Chassidim*, Milán 1979, p. 276).

3. La Revelación bíblica se inserta en esta amplia experiencia de sentido religioso y de oración de la humanidad, poniéndole el sello divino. Al comunicarnos el misterio de la Trinidad, nos ayuda a captar en la creación misma no sólo la huella del Padre, fuente de todo ser, sino también la del Hijo y del Espíritu. A la Trinidad entera se dirige ya la mirada del cristiano cuando, con el salmista, contempla el cielo: "La palabra del Señor –es decir, su Verbo eterno– hizo el cielo; el aliento de su boca –es decir, el Espíritu Santo–, sus ejércitos" (*Sal* 33, 6). Por eso, "el cielo proclama la gloria de Dios; el firmamento pregonaba la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que se pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje" (*Sal* 19, 2-5).

Es preciso eliminar de los oídos del alma los ruidos para captar esta voz divina que resuena en el universo. Así pues, junto a la revelación propiamente dicha, contenida en la sagrada Escritura, se da una manifestación divina cuando brilla el sol y cuando cae la noche. En cierto sentido, también la naturaleza es el "libro de Dios".

4. Podemos preguntarnos cómo se puede desarrollar, en la experiencia cristiana, la contemplación de la Trinidad a través de la creación, descubriendo en ella no sólo genéricamente el reflejo del único Dios, sino también la huella de cada una de las Personas divinas. En efecto, aunque es verdad que "el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres principios de la creación, sino un solo principio" (*concilio de Florencia*: DS 1331), también es verdad que "cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal" (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 258).

Por consiguiente, cuando contemplamos con admiración el universo en su grandeza y belleza, debemos alabar a toda la Trinidad, pero de modo especial nuestro pensamiento va al Padre, del que todo brota, como plenitud fontal del ser mismo. Cuando reflexionamos en el orden que rige en el cosmos y admiramos la sabiduría con la que el Padre lo ha creado, dotándolo de leyes que gobiernan su existencia, nos resulta espontáneo remontarnos al Hijo eterno, que la Escritura nos presenta como Palabra (cf. *Jn* 1, 1-3) y Sabiduría divina (cf. *1 Co* 1, 24. 30).

En el admirable canto que la Sabiduría entona en el libro de los Proverbios, y que se leyó al principio de este encuentro, se presenta "constituida desde la eternidad, desde el principio" (*Pr*

8, 24). La Sabiduría está presente en el momento de la creación "como arquitecto", dispuesta a poner sus delicias "entre los hijos de los hombres" (cf. *Pr* 8, 30-31). Bajo estos aspectos, la tradición cristiana ha visto en ella el rostro de Cristo, "imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación (...) Todo fue creado por él y para él; él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia" (*Col* 1, 15-17; cf. *Jn* 1, 3).

5. Asimismo, a la luz de la fe cristiana, la creación evoca de modo particular al Espíritu Santo en el dinamismo que distingue las relaciones entre las cosas, dentro del macrocosmos y del microcosmos, y que se manifiesta sobre todo donde nace y se desarrolla la vida. En virtud de esta experiencia, también en algunas culturas lejanas del cristianismo se ha percibido, de alguna manera, la presencia de Dios como "espíritu" que anima el mundo. En este sentido, es célebre la expresión de Virgilio: "spiritus intus alit", "el espíritu alimenta desde dentro" (*Eneida* VI, 726).

El cristiano sabe bien que esa evocación del Espíritu sería inaceptable si se refiriera a una especie de "anima mundi", entendida en sentido panteísta. Pero, excluyendo este error, sigue siendo verdad que toda forma de vida, de animación, de amor, remite en definitiva a aquel Espíritu del que el Génesis dice que "aleteaba por encima de las aguas" (*Gn* 1, 2) en el alba de la creación y en el que los cristianos, a la luz del Nuevo Testamento, reconocen una referencia a la tercera Persona de la santísima Trinidad.

En efecto, la creación, en su concepto bíblico, "conlleva no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el dar la existencia, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido ante todo para el hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios" (*Dominum et vivificantem*, 12).

Al contemplar la revelación cósmica, anunciemos la obra de Dios con las palabras del salmista. "Envías tu aliento y los creas, y repueblas la faz de la tierra" (*Sal* 104, 30).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente los grupos venidos de España, México, El Salvador y Chile. A todos deseo que la contemplación de las maravillas de la creación y su recto uso os ayude a descubrir la presencia providente de la Trinidad.

A los peregrinos de Rumanía, Hungría, República Checa, Eslovaquia y Croacia:

Saludó a los scouts rumanos de Piatra Neamt, de la diócesis de Iasi, y les deseó que su peregrinación jubilar reavive el testimonio evangélico que dan en su patria.

Exhortó a los peregrinos húngaros a considerar el gran jubileo como una fuente de gracias celestiales.

"Os deseo vivamente –dijo a los fieles checos– que vuestras vacaciones sean benéficas no sólo para la salud de vuestro cuerpo, sino también para la de vuestra alma".

A los peregrinos eslovacos los invitó a dedicar más tiempo durante el verano a la oración y a la familia.

Recordó a los fieles croatas que el jubileo exige traducir la fe en obras concretas, tanto en la esfera privada como en la vida social, y que los frutos de su esfuerzo serán abundantes en la medida en que se dejen guiar por el Espíritu Santo.

Por último, en italiano, habló a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados:

Queridos *jóvenes*, disfrutad del período estivo, que es tiempo de viajes, de visitas culturales, de peregrinaciones, de retiros espirituales, de campamentos escolares y de campos de trabajo, como momentos valiosos de crecimiento humano y religioso.

Queridos *enfermos*, que el Señor os conforte y consuele sobre todo en este período, a menudo el más difícil para vosotros, y os haga más conscientes aún de la fuerza salvífica del sufrimiento.

Queridos *recién casados*, aprovechad el verano para vivir intensamente vuestra comunión familiar, empleando más tiempo en la oración y en la escucha recíproca.